

## LA PÁGINA LEGIBLE

En las páginas de nuestros libros se hacen visibles, además de pensamientos, una serie de prácticas intelectuales: nuestra soledad al leer y al escribir, los recursos textuales de que hacemos uso, la pasividad que reservamos al lector, el respeto irrestricto a las palabras de otro autor, y muchas más. Estas prácticas participan en el modelado de la página legible bajo la forma de una serie de signos y convenciones gráficas y de escritura. Las páginas cumplen con tal discreción su cometido que en general su mayor mérito es hacer pasar, inadvertidas, estas premisas. Quizá esto ha contribuido a formar nuestra concepción del texto como un problema fundamentalmente hermenéutico o exegético, al dejar en la sombra toda esa serie de relaciones establecidas entre el lector, el escritor y la página que, a mi juicio, también forman parte de la legibilidad.

Es sobre este conjunto de relaciones sobre el que desearía llamar su atención. Aunque en las siguientes notas encontrarán elementos de historia de la puntuación antigua y medieval<sup>1</sup>, he preferido el término "legibilidad" con el fin de poder considerar dos cosas adicionales: a) una serie de convenciones gráficas que, sin ser propiamente puntuación, participan del desciframiento de la página; y b) las modalidades de apropiación de la página, las que determinan en cada momento lo que es legible. En sentido estricto, la puntuación es el uso de

---

<sup>1</sup> Un gran número de fragmentos de textos referidos a la puntuación antigua y medieval se encuentran reunidos en: Hubert, M. 1970; "Corpus stigmatologicum minus". *Bulletin du Cange* XXXVII; 5-171 y 1972, XXXVIII; 55-84.

ciertos signos de escritura para indicar el inicio, la conclusión de frases y las relaciones entre sus partes, con el fin de aportar claridad al sentido, guiando la lectura. En nuestros días, su función es primordialmente resolver incertidumbres estructurales en el texto, señalando matices de significación semántica o lógica que de otro modo podrían no ser perceptibles a la lectura. Pero ésta es sólo una de las formas de relacionarse con la página. Lo que deseo aquí explorar, siguiendo las huellas de paleógrafos, historiadores y codicólogos, es otra forma de relación con la página en la que la voz, la memoria y la dramatización ocupaban el frente de la escena. Las páginas no siempre han sido tan modestas en el tipo de información que transmiten. Hubo un momento en el que pretendieron prescribir una guía de la voz y una orientación para la expresión viva de las pasiones y los afectos que agitan la vida humana. Para tratar de mostrarlo, el énfasis aquí no está puesto en la historia de la escritura, sino en los fines y modalidades de producción-apropiación de la página, donde se han configurado nuestros hábitos textuales.

\*

Si se observa hacia el siglo III d.c., la página legible contenida en un rollo se ofrece como una serie de grandes bloques de letras capitales, unciales o semicursivas, comprimidas en una trama cerrada y continua. Al interior de esos bloques que corresponden a tópicos o temas, cualquier tipo de puntuación adicional es escasa o está completamente ausente. No carece de ayudas a la lectura, pero ofrece tan poco apoyo que puede resultar impenetrable para el lector moderno. El formato en doble columna, lo mismo que algunas de esas ayudas, tienen una gran antigüedad: las pausas que marcan la división del texto en tópicos están señaladas con grandes

blancos o con otros signos. Las letras que inician esos bloques están diferenciadas con claridad: o son mayores que el resto de la escritura (*litterae notabiliores*) y/o pueden estar colocadas a la izquierda de la caja del texto, desbordando hacia el margen. Es raro encontrar alguna división del escrito en segmentos menores dentro de esas grandes unidades.

Los textos presentados de ese modo no son de baja calidad. En el mundo latino, al menos desde el siglo I d.c. había aparecido el *novus liber*, un rollo de papiro cuidadosamente diseñado y escrito que fácilmente podía igualar a sus equivalentes griegos. La ausencia de puntuación obedece a otras causas: el autor no la había incluido porque había dictado el texto: hasta el siglo V d.c. no hay evidencia de manuscritos autógrafos y la escritura personal sólo es perceptible cuando el autor agrega algunas correcciones a su trabajo, o hace comentarios marginales al trabajo de algún otro. Ninguna puntuación había sido agregada tampoco por el *notarius* o por el *scriba*, quienes en la transcripción actuaban de manera mecánica. Obviamente, se esperaba que fuese el lector quien estableciera la segmentación entre oraciones, frases y palabras, lo mismo que hoy puede pedírsele que separe las hojas de un libro. Las pausas semánticas, lógicas o rítmicas no aparecían en el momento de la producción de un texto sino en el momento de la lectura, y hasta el siglo VI d.c. cualquier puntuación empleada era insertada por el lector, o por el copista en el momento en que transcribía el ejemplar antiguo.

Un texto en *scriptio continua* tiene una serie de inconvenientes pero presenta una ventaja: ofrece al lector un escrito neutro que requiere de interpretación. A diferencia nuestra, un lector

antiguo fuese profesional o privado no recibía pasivamente un texto; él debía mostrarse activo ante la página puntuándola antes de poder leerla y por tanto para su interpretación requería de experiencia y preparación. Normalmente, no era posible leer bien un texto que no se conociera o al menos que no hubiese sido comprendido previamente, y la lectura inmediata de un escrito desconocido era considerada una facultad extraordinaria. Las dificultades de la lectura se compensaban así con esta participación mediante la cual el lector establecía el significado del texto y determinaba las cadencias de su ejecución. Si la preparación previa a la lectura no era resentida como una limitación es porque servía de preámbulo al acto esencial de la lectura expresiva en voz alta, ante un auditorio o ante sí mismo.

Al agregar la puntuación a su texto el lector antiguo tenía en mente dos cosas: primero, resolver para sí mismo aquellos pasajes que podían prestarse a confusión. La *scriptio continua* tiene el inconveniente de ofrecer al lector inadvertido pistas falsas: puede hacer que tome la última sílaba de una palabra por la primera sílaba de la siguiente (o a la inversa), o bien puede inducirlo a leer dos palabras donde sólo hay una (o inversamente): "es por eso que Servius censuraba a Donato por haber leído de manera incorrecta en la Eneida II,798: *collectam ex Ilio pubem* (un pueblo reunido desde Troya), en lugar de *collectam exilio pubem* (un pueblo reunido para el exilio)".<sup>2</sup> En segundo lugar, el lector antiguo tenía en mente la futura declamación expresiva, mediante una pronunciación bien modulada, la cual exigía que el texto fuese cuidadosamente segmentado en pausas apropiadas. Se esperaba que la segmentación hiciera

---

<sup>2</sup> Parkes, M.B.1993; **Pause and Effect. Punctuation in the west.** University of California Press; 10.

resaltar las variaciones de la expresión; Quintiliano por ejemplo, sugería hacer una pausa corta después de dirigirse a alguien en el caso vocativo, porque este caso resulta fácilmente segmentable en la oración; pero la pausa tenía también cierto valor retórico, "especialmente cuando los héroes homéricos se hacían reproches mutuos en una serie de vocativos, y había que dar a cada uno de éstos su plena fuerza por separado".<sup>3</sup>

La lectura expresiva arroja alguna incertidumbre respecto a la frontera entre la voz y el escrito. De hecho, este mismo borde no era ya claro en el momento en que el texto había sido compuesto. Es porque el autor había establecido la estructuración misma del mensaje bajo premisas fundamentalmente memorísticas y retóricas desde el momento de dictarlo. La composición, sus pausas y en general el sentido del mensaje solían estar fuertemente estructurados en *periodos, cola et commata*, categorías todas de origen retórico. Estas distinciones, no siempre sencillas de definir, eran seguidas por el *dictator* bajo ciertos principios: la *comma*, una pausa breve que puede ser de respiración, es posible cuando una expresión posee un significado aún incompleto. Una pausa mayor, el *colon*, sigue a una expresión que posee un sentido satisfactorio por sí misma. La unión de varios *cola* constituye un *periodo*, cuyo fin puede ser resaltado con refinamientos rítmicos o estilísticos adicionales, y que normalmente era seguido de una larga pausa aprovechada por el orador para retomar el aliento. Estas mismas distinciones obedecidas por el *dictator* son las que el lector debía saber reconocer y valorar en su lectura. Naturalmente, en el tránsito de su expresión retórica a su expresión escrita esas pausas no

---

<sup>3</sup> Bonner, Stanley, F. 1984; **La educación en la Roma antigua.** Editorial Herder, Barcelona; 293.

siempre resultan fáciles de detectar: mientras el *colon* puede ser métricamente equivalente a un hexámetro dactílico, la *comma* es una distinción menos clara y fue considerada frecuentemente como un pequeño *colon*. Un *periodo*, por su parte, está constituido por un número variable de esos *cola*, entre 4 y 6 en la tradición clásica. Son estas distinciones retóricas las que otorgan a la puntuación clásica su valor y su sentido general. Es por ello que el término retórico *distinguere* llegó a significar: "señalar mediante un signo" el lugar donde debe hacerse una pausa, es decir, "puntuar"<sup>4</sup> y es por eso mismo que, más tarde, los códices puntuados fueron llamados *codices distincti*. A diferencia de la nuestra, la puntuación antigua es pues fundamentalmente retórica y no lógica o semántica;<sup>5</sup> pero ése fue también su mayor obstáculo, porque de este modo se le asignó la tarea inmensa e imposible de registrar todas las variaciones expresivas, todas las pausas sin respiración y las respiraciones sin pausa.

La puntuación era agregada por el lector, pero para su interpretación éste dependía de los conocimientos adquiridos a través de los *grammatici*, es decir de los profesores de enseñanza media, quienes dedicaban parte de sus cursos al arte de preparar la página para su lectura, actividad llamada justamente *praelectio*. La prehistoria de la puntuación descansa justamente en la enseñanza y en los tratados de estos profesores. La excepcional importancia de la gramática en el mundo antiguo es de suyo un fenómeno sorprendente, pero por ahora basta señalar que una de

---

<sup>4</sup> Moureau-Maréchal, J. 1968; "Recherches sur la ponctuation". *Scriptorium XXII*; 58.

<sup>5</sup> Cfr. Rafti, Patrizia. 1988; "L'interpunzione nel libro manoscritto: mezzo secolo di studi". *Scrittura e civiltà*, 12; 243.

sus actividades consistía en "producir" un objeto textual; producirlo, porque el escrito no ofrecía por sí mismo su significado sino hasta el momento en que el lector, aportando las *distinctiones*, lo convertía en una pieza de discurso articulado.<sup>6</sup> En un sentido importante, la lectura era un prerequisite en la producción del significado del texto y en la reanimación de la memoria que en él estaba contenida. Una de las dos partes de la *grammatica*, la *scientia interpretandi*, se iniciaba justamente con la *lectio*, es decir con la teoría de cómo distinguir y pronunciar correctamente sílabas y palabras, y cómo puntuar las frases en unidades semánticas y métricas correctas. Desde luego la *lectio* no se detenía ahí y bajo los nombres de *interpretatio* y *enarratio*, continuaba con prescripciones acerca de cómo hacer patente la virilidad de la épica, la dulzura de la elegía y en general, la cólera, la vehemencia y el odio amargo resentido por los héroes.

Era pues normal que las reglas de puntuación estuvieran prescritas en los tratados de gramática. El sistema de puntuación, griego en su origen llamado *diastole* había sido desarrollado en las escuelas de Alejandría. Los especialistas aún debaten acerca de si fue una invención de Aristófanes de Bizancio (c.260 a.c.), o si éste siguió una tradición más antigua. En su versión original el sistema poseía sólo dos pausas correctamente delineadas: la *diastole* o *distinctio*, y la *subdiastole* o *subdistinctio*. Es probable que la teoría tuviera su origen en la filosofía estoica, la cual había enseñado a reconocer únicamente dos discontinuidades: una entre dos enunciados completos y otra entre dos partes de un único enunciado. La diferencia era marcada por dos signos diferentes

---

<sup>6</sup> A eso se referían Donato y Diómedes cuando admitían la diferencia entre la "voz articulada", aquella que podía ser representable en la escritura y la "voz inarticulada", aquella que no podía serlo.

llamados *distinguere* y *subdistinguere* (desunir, o desunir ligeramente). Cuando los gramáticos de los siglos III y IV d.c. hicieron suya la teoría, le dieron su forma definitiva: la de un sistema consistente en puntos colocados a tres alturas diferentes respecto a la banda de la escritura: a) la *distinctio* ( ), un punto colocado en la parte alta de la banda de escritura, que aparece en el momento en que el pensamiento ha sido enteramente expresado: hay *distinctio* en el lugar donde hay que detenerse antes de iniciar una nueva idea. b) La *subdistinctio* ( ), un punto colocado en la parte baja de la banda de escritura, que aparece cuando a un significado ya completo por sí mismo habrá de agregarse aún una precisión. c) La *media distinctio* ( ), un punto colocado a media altura, indica una pausa de reposo o respiración que no tiene un lugar fijo en el frase escrita. En breve, el punto alto equivale a la detención total, el punto bajo representa una pausa corta equivalente a nuestro punto y coma, y el punto medio señala una pausa equivalente a nuestra coma. En general, el sistema reconocía dos cosas: indicaciones semánticas (el punto alto y bajo), y una pausa de respiración.<sup>7</sup>

A pesar del auxilio que le podían significar las *distinctiones*, el lector las agregaba de manera irregular, particularmente en aquellos lugares donde percibía una mayor ambigüedad; por

---

<sup>7</sup> Un fragmento puntuado mediante *distinctiones*:

DIXIT ETAMPLEXUSNATICYTHEREAPETUIT  
ARMASUBADUERSAPOSUITRADIANTIAQUERCU

(Manuscrito MS 39+ Vaticano, reproducido en Parkes, M.B. 1993; 163).

El cual transliterado en castellano sería:

DIJOASICITEREA ABRAZOASUHIJO

YDEJOALPIEDEUNAENCINAENFRENTEDEEL LASRADIANTESARMAS

Traducción de Eugenio de Ochoa, Edaf, Madrid, 1967.

ello son sumamente raros los manuscritos puntuados en toda su extensión. Más que por la teoría, la lectura estaba guiada por la práctica misma. Esta actitud del lector ante la página se explica adicionalmente porque en su interpretación recibía algunas ayudas complementarias. La primera era la lectura en voz alta, porque al verbalizar el texto aquél hacía uso del oído, que está mejor preparado que la vista para establecer las distinciones dentro del flujo ininterrumpido del mensaje hablado. Luego, contaban también sus conocimientos gramaticales y su familiaridad con el texto. En tercer lugar venían en ayuda del lector ciertas características gramaticales del latín, que posee algunos equivalentes morfológicos susceptibles de remplazar ciertos signos de puntuación. Así, por ejemplo, el lugar eventual de una coma puede ser percibido por la aparición de un enclítico "-que", como en *neque* o *atque*. Algunos adverbios demostrativos como *ita* o *sic* son con frecuencia equivalentes adecuados de un *colon*. Usualmente, las oraciones interrogativas latinas son introducidas por palabras como *quis* y otras palabras en "qu-", o bien por *ubi*, *unde*, *ne*, *nonne*, etc.; y para indicar una cita directa, el latín utiliza las palabras *illud*, *illa*, o bien el verbo *dico* en su forma *inquit*.<sup>8</sup>

La página legible estaba pues colocada entre dos verbalizaciones: una, el dictado en el momento en que la obra era compuesta; otra, la dramatización cuando la obra era ejecutada en voz alta, ante un auditorio o en la lectura privada. En la legibilidad de la página antigua los lectores encontraban soporte suficiente a su actividad. Es verdad que ello convertía a la lectura en un proceso lento, muscular, que exigía preparación, y que no estaba al alcance de las

---

<sup>8</sup> Este párrafo se debe a Hodgman, A. 1923; "Latin equivalents of punctuation marks". *Classical Journal*, 19; 409.

naturalezas frágiles, pero la cultura antigua no vió en ello razones suficientes para confrontar el privilegio de la voz. La mejor prueba era que el sistema de *distinctiones* que aportaba una ayuda considerable, aparecía sólo después de una de las más notables regresiones conocidas en el plano de la legibilidad: las *distinctiones* pudieron ser de uso regular únicamente cuando la *scriptio continua* se había impuesto sobre la página. En efecto, en algún momento durante el siglo II d.c. desaparecieron de la escritura latina todos los signos y todas las convenciones gráficas que hasta entonces habían permitido hacer visible la separación entre palabras. Es digno de mención, porque la práctica de separar las palabras era de una gran antigüedad y puede remontarse al menos hasta las escrituras en cuneiforme. "Es posible que los pueblos clásicos, griegos y romanos, la hayan heredado desde Creta como lo muestra el disco de Phaistos (c. 1700 a.c.), y es probable también que ese uso haya sobrevivido a la edad oscura, cuando los caracteres micénicos fueron remplazados por el alfabeto griego".<sup>9</sup> Las más antiguas inscripciones griegas manifiestan el hábito de separar gráficamente las palabras. Y si es notable que los griegos de la edad clásica abandonaran el uso de signos de separación de palabra, es aún más extraordinario que ese mismo fenómeno se produjera entre los latinos, varios siglos más tarde.

Probablemente la escritura latina había heredado ese hábito de la escritura etrusca; las inscripciones epigráficas, los papiros y aún los graffiti muestran la continuidad de esa convención gráfica en los tiempos de la República y aún en el inicio del siglo II d.c. La forma original del divisor de palabra había sido una pequeña línea vertical ( ), pero para evitar la

---

<sup>9</sup> Wingo, E.O. 1972; **Latin punctuation in the classical age**. Mouton, The Hague; 15.

confusión con aquellos alfabetos que contienen la letra "I", la línea fue rota para formar tres puntos alineados verticalmente ( ), tal como aparecen en la escritura etrusca antigua; éstos fueron simplificados a dos y posteriormente a un punto colocado a media altura de la banda de escritura. El interpunto como divisor de palabra llegó a ser normal en etrusco y en latín desde fecha muy temprana y sólo fue sujeto a variaciones estilísticas, como la hedera , por motivos decorativos.<sup>10</sup>

No son claras las razones por las cuales el interpunto fue abandonado. Sin ser propiamente un signo de puntuación era una ayuda considerable en la legibilidad de la página. Tal vez, como lo sugiere P. Saenger, fue debido a la predilección del mundo latino por el lector profesional, usualmente un liberto.<sup>11</sup> Es probable que a ello colaborara la incapacidad de la gramática antigua de producir una concepción adecuada de la sintaxis y, por tanto, la inexistencia de técnicas analíticas que permitieran establecer una distinción nítida entre la palabra y otras unidades significantes mayores o menores que ésta. Quizá fuera el deseo aristocrático de mantener reservado el acceso a una página indescifrable. Es más arduo aceptar que, por razones psicológicas, al lector antiguo le resultaba difícil percibir la diferencia entre los divisores de palabra y otros signos de puntuación como la diplo invertida (<) o el paragraphos ( ). A fin de cuentas, tal vez fue simplemente el lamentable deseo de imitar los modelos griegos aún en sus

---

<sup>10</sup> *ibid*;16.

<sup>11</sup> Saenger, P.1990b; "La naissance de la coupure et de la separation des mots", en Martin, H.J. (ed); **Mise en page et mise en texte du livre manuscrit**. Promodis, Paris;447.

peores características. El hecho fue que al final del siglo II d.c. el interpunto había caído en desuso. Fue esta pérdida la que, al dar paso a la *scriptio continua*, permitió a los puntos colocados en tres alturas establecerse como método de puntuación: "al cabo del tiempo el sistema de puntuación había llegado a suplantar a tal grado al viejo y nítido sistema, que nadie en adelante pensó en usar los interpuntos para separar palabras".<sup>12</sup>

Es el privilegio de la retórica y la oratoria lo que en definitiva determina la actitud clásica ante la página legible. A los latinos sólo parece interesarles la escritura en la medida en que está relacionada con la acción verbal. Por eso no estimaron necesario alterar la página durante un largo tiempo. Tan importantes como fuesen los signos de puntuación y las convenciones gráficas sólo eran un intermediario hacia los fines que la página perseguía: la lectura expresiva. Las páginas siguieron siendo sonoras en tanto representaciones de lo dictado y en tanto soportes de una nueva expresividad verbal. La antigüedad no ignoraba, desde luego, la importancia de la escritura: la *grammatica*, el arte más prestigioso del mundo clásico fue esencialmente un saber de lo escrito. Pero en el mundo oralizado en el que se inscribía, la escritura enfrentaba el carácter irremplazable de la voz viva, lo que en los hechos la colocaba en una situación de inferioridad. La escritura representaba lo permanente, lo estable, lo inamovible y ofrecía al escritor la posibilidad de alcanzar un estilo elegante y pulido. Pero todo ello no bastaba para relegar a la fluidez, la flexibilidad, la inspirada improvisación del orador, y la variedad de expresiones

---

<sup>12</sup> Olivier, T. citado en Wingo, E.O. op. cit.; 28.

dramatizadas que en ese momento también formaban parte de la obra. Aún valorada, la escritura es una copia imperfecta de la voz. Por esta dependencia la página legible no había logrado adquirir por entero el estatuto de entidad provista de una sustancia propia, y no era percibida como una forma específica de la lengua. Varios procesos adicionales, en los que participaron eventos lingüísticos de gran alcance fueron necesarios para que esta actitud ante la página se transformara; nos detendremos en tres de ellos: la actitud textual del mundo cristiano, la gradual separación del latín y las lenguas romances, y por último el encuentro de las páginas sagradas con lectores y escribas de los bordes de la latinidad.

### **La autonomía de la página**

Heredada de sus orígenes judíos, el cristianismo trajo consigo una actitud particular hacia la cultura textual, explicable porque el pueblo de Cristo había encontrado la palabra de Dios depositada en textos. El creyente aprendía que todo lo que merece la pena saberse estaba contenido en esas páginas. Ningún libro había sido colocado de este modo en el centro de la vida espiritual de la antigüedad pagana. La salvación estaba por vez primera al alcance de la humanidad, pero dependía en gran medida de la comprensión y la transmisión correctas del mensaje ofrecido. Desde luego, en el mundo oralizado en el que surgió, aun esta actitud textual fue incapaz de desterrar del todo la importancia de la voz viva; después de todo, el mismo mensaje de Cristo había sido transmitido verbalmente, y el ingreso y la continuidad de la fe estaban determinados, para la mayoría, no por la lectura de los textos sino por su transmisión verbal en lecturas públicas. Las peripecias de la página legible se desarrollan entre esa actitud textual y la persistencia de la palabra viva.

La atención prestada a la corrección de los textos no era, por supuesto, un monopolio del mundo cristiano. El cultivado mundo pagano del siglo IV d.c., sintiéndose amenazado, había hecho un esfuerzo por preservar la *latinitas*, el legado textual clásico del que se sabía heredero. Pero las demandas de la ortodoxia representaron una motivación aún mayor, que habría de quedar manifiesta en la legibilidad de la página. Un ejemplo notable de ello era s. Jerónimo. Éste compartía con Orígenes y con s. Agustín la preocupación por poseer textos correctos, puntuados y

enmendados contra los mejores escritos disponibles. Por eso en su actividad, s.Jerónimo se comportaba más como un "editor" que como un simple traductor de la Biblia. Ello lo condujo no sólo a exigir una puntuación más precisa sino a adoptar, en los difíciles libros de Isaías y de Ezequiel "un nuevo método de segmentación" llamado *per cola et commata*, que buscaba representar el sentido del texto de manera más obvia. La presentación *per cola et commata* consiste en dividir el texto en nuestras conocidas unidades de sentido como el *colon*, transcribiendo esas unidades visualmente mediante espacios en blanco, yendo hacia el margen para iniciar la escritura del siguiente *colon*. Las pausas semánticas quedaban así claramente indicadas.<sup>13</sup> El procedimiento no era una novedad absoluta: en su prólogo al libro de Isaías, s.Jerónimo aseguraba haberlo visto aplicado a discursos de Cicerón y Demóstenes, y ya Orígenes había presentado de ese modo su traducción a los Salmos y al Cantar de los cantares. Pero el dispositivo gráfico representaba tal ayuda que fue siendo aplicado gradualmente a los otros libros de la Biblia, práctica que se extendió entre los siglos V y IX d.c. Visualmente, el sentido del texto quedaba manifiesto y cualquier alteración resultaba difícil; aún así, es posible encontrar ligeras discrepancias en el análisis de las unidades de sentido entre los diferentes manuscritos conservados.

Las actitud de s.Jerónimo refleja además una profunda transformación: esta vez la

---

<sup>13</sup> Un fragmento copiado *per cola et commata*:

BEATUS VIR QUI NON ABBIT IN  
CONSILIO IMPIORUM  
ET IN VIA PECCATORUM NON STETIT  
(Manuscrito del Codice MS Amiantino I, fol.349v, reproducido por  
Parkes, M.B. .1993;179).

puntuación no es impuesta al texto por el lector sino por el escriba, quien actúa así después de una investigación textual y un cuidadoso análisis lingüístico. Este cambio de apariencia menor expresa la concepción que sobre la página aportaba el mundo cristiano: primero, aunque la escritura no es el arte textual predominante en esta civilización, se convierte en motivo de una formación especial seguida por unos pocos. En segundo lugar se otorga una menor libertad al lector en la interpretación literal del texto buscando, por el contrario, guiarlo mediante la escritura de manera más precisa. El lector será pues también sujeto a una formación detallada e imponente. La lectura hacía valer ese lugar de privilegio respecto a la escritura desde la educación de los siglos VII y VIII d.c. A la enseñanza de los rudimentos de la escritura, con frecuencia reducida al simple reconocimiento de las letras, seguía de inmediato la lectura de los Salmos, que para la mayoría de los alumnos sería el único encuentro con la página. Después de esta enseñanza elemental podían seguirse diversos tipos de lectura, cada uno con sus particulares exigencias hechas a la página legible y cada una dotada de cierta concepción acerca de la autonomía de lo escrito.

La lectura menos demandante ante la página era la lectura monástica personal. De hecho, los monjes lectores raramente insertaban puntuación adicional en los manuscritos que leían para sí mismos. En un número importante de manuscritos del siglo VII d.c. sólo se percibe el uso de la *distinctio* para señalar el fin de la oración. La razón se encuentra en los objetivos que el monje perseguía: la suya no era una lectura para mejorar su instrucción, sino para lograr su adoctrinamiento. Se ejercía sobre unos cuantos libros: la Biblia, diversas reglas monacales, algunas obras edificantes y sobre todo los Salmos. Más espiritual que intelectual, la lectura

buscaba provocar una intimidad y un constante intercambio de confidencias con la página, de las cuales el monje retiraba el material que conservaría en la memoria, hasta dominar por completo esas 150 alabanzas a dios, que le servían para desafiar todas las astucias de su Adversario. Era normal que el monje pronto dejara atrás el nivel en el que se requieren esas ayudas básicas que son la puntuación y el diseño gráfico de la página, porque la memoria y la familiaridad con los textos pronto rebasaban las dificultades técnicas.

Pero la proximidad con la lengua contenida en los textos iba a verse trastornada por dos eventos lingüísticos de la mayor importancia que se traducirían en un impulso definitivo hacia la autonomía de la página: el encuentro, durante el siglo VI d.c., de las páginas sagradas con lectores y escribas de lenguas distantes del latín; en segundo lugar, la separación hacia el final del siglo VIII d.c. entre el latín y las lenguas romances. Esta última, la separación entre el latín y las lenguas romances, significó de hecho la implantación de dos instituciones lingüísticas: una, llamada rústica, vulgar o romance que descansaba en un sistema oral, al que sólo más tarde habría de agregarse un sistema escrito; y una segunda que conservó el nombre de latín, encabezada por un sistema gráfico, la escritura, que carecía de referencia directa a alguna lengua viva y cuyas transformaciones por tanto ya no provenían del plano morfosintáctico. La consecuencia fue que en el caso del latín la relación usual entre sistema gráfico y sistema oral quedó invertida: la escritura dejó de ser una transcripción más o menos literal de la actividad fonética y se convirtió en una producción autónoma, pseudoideográfica, con una regulación propia. El proceso que hizo del latín una lengua de escritura quedó sellado en el momento en que, ante la profunda divergencia entre pronunciación y escritura, la revolución carolingia

intervino para fijar reglas artificiales de grafía y fonética.<sup>14</sup>

El encuentro de las páginas sagradas con lectores y escribas en los límites noroccidentales de la latinidad tuvo consecuencias similares para la página legible. Es que para los lectores irlandeses y anglosajones el latín era una lengua extranjera, aprendida en libros, y por tanto una lengua más visible que audible. Debido a ello, la página pronto se les presentó como un orden propio, independiente del lenguaje hablado y diferente de éste. Ellos pudieron entonces reconocer con más facilidad al escrito como una manifestación diferente del lenguaje, dotado de su propia sustancia, provisto de un estatuo independiente y susceptible de un desarrollo visual y gráfico propio.<sup>15</sup>

Ambos eventos lingüísticos concurrieron en la concepción de la página como un medio autónomo, que debía contener y transmitir correctamente de manera visual toda la información deseada con independencia de la voz y sin el respaldo de ninguna memoria. Resultó pues normal que estos eventos se tradujeran en una serie de convenciones gráficas y mejoras graduales en el sistema de puntuación que concluirían en la perfecta legibilidad de la página medieval. Las

---

<sup>14</sup> Cfr. Polara, Giovanni. 1987; "Problemi di ortografia e di interpunzione nei testi latini de eta carolina", en Maierú, A. (ed); **Grafia e interpunzione nel latino del medioevo**. Edizioni dell'Ateneo, Roma.

<sup>15</sup> Cfr. Parkes, M.B. 1991; "The contribution of insular scribes of the seventh and eight centuries to the "grammar of legibility", en su libro **Scribes, Scripts and readers**. The Hambledon Press, London.

aportaciones a lo que un paleógrafo moderno ha llamado "la gramática de la legibilidad"<sup>16</sup> fueron muy diversas: ellas incluyeron el uso de capitales y *litterae notabiliores* no sólo al inicio de tópicos, sino también al inicio de párrafos y luego al inicio de cada nueva oración, convirtiendo estas letras mayúsculas en parte de la puntuación por vez primera. Se estableció además una mayor vinculación entre los elementos decorativos (por ejemplo, la gran inicial iluminada), y su función distintiva en la legibilidad de la página, hasta llegar a las enormes iniciales que, llenando la página por sí mismas, indican el inicio de un texto. El señalamiento de citas, que había sido una necesidad muy antigua fue llevado a la perfección: el uso de la diple (>) y de los diversos tipos de letras, su color y tamaño, pronto hicieron visibles las diversas jerarquías y autoridades que poblaban las páginas con citas, glosas o comentarios.<sup>17</sup> Probablemente la aportación más importante se dió en la letra misma, con la invención de la minúscula carolina, antecedente de nuestros tipos impresos y quizá el mayor logro caligráfico en la historia de occidente.<sup>18</sup> Pero por razones de tiempo sólo nos detendremos brevemente en una de esas aportaciones: el uso del espacio blanco dentro de la página y como divisor de palabra.

Una vez que en el siglo III d.c. la *scriptio continua* se había impuesto definitivamente, se

---

<sup>16</sup> Parkes, M.B. 1997; "Lire, écrire, interpreter le texte", en Cavallo, G. (ed); **Histoire de la lecture dans le monde occidental**. Éditions du Seuil, Paris; 123.

<sup>17</sup> McGurk, P. 1961; "Citation marks in early latin manuscripts", *Scriptorium* XV; 3-13.

<sup>18</sup> Cfr. Ganz, D. 1987; "The preconditions for Caroline minuscule". *Viator* 18.

inició un largo camino que habría de conducir al blanco como divisor de palabra. Correspondió a los escribas irlandeses iniciar este proceso en el siglo VI d.c. Sin duda, ellos debieron recurrir a esa práctica porque, enfrentados al latín como lengua extranjera, era necesario retirar del texto todas aquellas ambigüedades que amenazaban su lectura y quizá su salvación. Probablemente ellos percibían la separación de palabra como una convención gráfica aplicable únicamente al latín, porque cuando debieron transcribir términos de su propia lengua con frecuencia siguieron el viejo hábito de la escritura continua. Como lo muestra el uso que hicieron de las abreviaturas, percibieron algunos signos del latín escrito más como entidades puramente gráficas, dotadas cada una de propiedades simbólicas específicas, que como representantes de sonidos lingüísticos.<sup>19</sup>

El espacio en blanco no era el único procedimiento gráfico conocido para la detección de la palabra. En la difícil tarea de señalar los ambiguos límites de la palabra, el lector antiguo había podido recurrir a las *prosodiae*, una serie de signos que incluían los acentos, el hyphen y la diástole. Esta última, cuya forma era originalmente similar a una larga coma ( ) había sido un recurso del lector griego. El uso del ápice ( ), un símbolo usado para marcar la presencia de vocales largas y en algunos casos la presencia del acento agudo era una ayuda adicional porque, "de acuerdo con las antiguas reglas romanas de acentuación, sólo una sílaba de cada palabra podía recibir el acento tónico, de manera que la presencia de acentos agudos que indicaban la sílaba tónica ayudaban, al menos indirectamente, a establecer los límites plausibles de la palabra

---

<sup>19</sup> Saenger, P.1990; "The separation of words and the order of words. Genesis of medieval reading". *Cultura e Civiltà* 14.

y reducir de algún modo la ambigüedad inherente a la escritura continua".<sup>20</sup> Otros mecanismos de reconocimiento eran menos frecuentes, por ejemplo, el reservar formas especiales o mayúsculas para las letras que aparecían al final de palabra, en especial para los signos **S** y **R**. Una ayuda indirecta fue la aparición, en los manuscritos británicos del siglo VIII d.c., del guión de unión de palabra al final de la línea cuyo uso, irregular y que mostraba cierta incapacidad de reconocer correctamente las sílabas, no llegó a generalizarse sino hasta el siglo X d.c.

Pero entre todos ellos fue el espacio blanco el que finalmente se impuso como divisor de palabra. Tampoco había sido ésta su única función. Diversos paleógrafos han señalado la poca justicia que se le ha hecho al espacio en blanco en la constitución de la página: él había servido para marcar los límites de tópicos, cuando el escriba iba al margen para iniciar un nuevo párrafo. Había permitido además, de acuerdo con su longitud, señalar la importancia de una pausa más o menos larga. En la época de Augusto fue usado de manera equivalente al guión moderno: para hacer resaltar un enunciado, colocándolo entre blancos, como entre guiones ausentes. Se había recurrido a él también para hacer énfasis en la presencia de algún signo de puntuación colocado a su lado. Había servido incluso como el equivalente de la coma, apareciendo para señalar el inicio de un cláusula de relativo. Como divisor de palabra el espacio blanco no llegó a imponerse definitivamente en europa continental sino hasta el siglo XI d.c., aunque apareció en los textos más antiguos, cuando éstos fueron recopiados durante la reforma carolingia. No obstante el cuidado que los escribas mostraban en aplicar el espacio en blanco, durante un tiempo se

---

<sup>20</sup> *Ibid*:57.

siguieron confundiendo los morfemas libres y ligados, porque los gramáticos medievales no habían logrado aún reconocer ninguna división morfológica menor a la palabra, como prefijos o preposiciones. Al final, se había pasado del sistema antiguo que marcaba pausas con espacios en blanco y divisiones de palabra mediante signos, a un sistema como el nuestro, que usa el blanco como divisor de palabra y signos para marcar las pausas.

La "gramática de la legibilidad" era consecuencia de la necesidad de asegurar la corrección de la lectura de textos escritos en una lengua que gradualmente se había hecho extraña a todos. Aunque la lectura personal monástica no necesariamente exigiera una mayor legibilidad, existía una segunda motivación proveniente del hecho de que esos textos debían ser leídos en voz alta y algunos de ellos, como ciertos textos litúrgicos, incluso cantados. Ahora bien, un texto destinado a ser ejecutado en público exige, lo mismo que un lector bien preparado, una gran exactitud en la indicación de los sonidos pronunciados, en la separación de las palabras y en la reproducción de las divisiones sintácticas de la ideas. La civilización cristiana otorgó a ambos una importancia extraordinaria. Actuó entonces en dos direcciones: impuso al lector una formación especial y procedió a puntuar los textos litúrgicos y todos aquellos textos destinados a ser leídos en voz alta. En esta clase de textos se concentró toda la atención acerca de la lectura correcta y desde el siglo VII d.c. aparecieron mejor puntuados que el resto de los manuscritos.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Cfr. Vezin, Jean. 1987; "Les divisions du texte dans les Évangiles jusqu'à l'apparition de l'imprimerie", en Maierú, A. (ed); **Grafía e interpunzione nel latino dell medioevo**. Edizioni dell'Ateneo, Roma.

En cuanto al lector, fue necesario proveerle de una educación que superaba los rudimentos ofrecidos generalmente a los monjes: sin el estudio de los antiguos gramáticos como Donato o Prisciano, el ingreso a la página se había hecho imposible. Según Isidoro de Sevilla (s.VII d.c.) el lector debía, además de conocer la segmentación correcta de palabras y frases, saber en qué momento expresar la pena, la amenaza o la exhortación, que serían capaces de conducir a las almas y los sentimientos de todos hacia la comprensión. La lectura podía incluso ofrecer una buena carrera eclesiástica a aquellos laicos que elegían servir a la iglesia como clérigos; es cierto que los lectores eran elegidos con frecuencia siendo niños por la pureza y la nitidez de su voz, pero una vez que ingresaban en el lectorado,<sup>22</sup> se abría ante ellos un porvenir que en un buen número de casos los condujo hasta el episcopado. Quizá en su preparación esos lectores eran además impulsados por un temor profundo: el miedo al ridículo, porque toda equivocación en las formas prescritas de la lectura pública solía suscitar una hilaridad apenas contenida. Finalmente, la importancia de la lectura hizo que a las probables recompensas se agregaran los seguros castigos de que era objeto la lectura incorrecta.

Hasta el siglo VII d.c., la puntuación que esos textos contenían, aun siendo más abundante y sistemática, seguía en lo esencial el sistema de las *distinctiones*, con ligeras modificaciones gráficas.<sup>23</sup> Pero a partir del siglo VIII d.c. se agregó un nuevo tipo de signos, las

---

<sup>22</sup> Riché, Pierre. 1995; **Éducation et culture dans l'Occident barbare, VI-VIII siècle**. Éditions du Seuil, Paris; 384.

<sup>23</sup> La forma de los signos era una combinación de puntos y vírgulas: la *comma* se convirtió en ( ); el *colon* o *punctus planus* en ( ); y el *periodos* en ( ), o bien en una sucesión de

*positurae*, que acabaron convirtiéndose en el aporte más original de la cultura monástica a la historia de la puntuación. Aunque la diversidad de variantes gráficas ofrece el espectáculo de "una multiplicidad salvaje",<sup>24</sup> las *positurae* pueden ser reducidas a un cierto número de tipos: el *punctus versus* ( ), utilizado para indicar el final de una oración afirmativa; el *punctus elevatus* ( ), utilizado para marcar una pausa media mayor dentro de una cláusula que ya posee un sentido satisfactorio, pero que habrá de recibir un agregado; y el *punctus flexus* ( ), usado para indicar una pausa media menor, quizá de respiración, cuando el sentido de la oración aún estaba incompleto.<sup>25</sup> A estos signos de aire familiar deben agregarse algunas novedades: el *punctus interrogativus* ( ), probablemente una creación de la escuela de la corte de Carlomagno, usado para indicar el final de una oración interrogativa, y el *punctus exclamativus* ( ), creación de la segunda mitad del siglo XIV d.c., usado para resaltar una frase admirativa.

Diversas razones explican la creación de las *positurae*: la primera, de naturaleza técnica, es que el sistema de las *distinciones*, que resultaba claro en los manuscritos realizados en los tipos grandes de letras, capital o uncial, era menos eficiente aplicado a los manuscritos que, desde el siglo VIII d.c. eran realizados en minúscula carolina, la cual ofrece una banda de

---

puntos ( ).

<sup>24</sup> Bischoff, B. 1993; **Latin Palaeography, antiquity and middle ages.** Cambridge University Press; 170.

<sup>25</sup> Un ejemplo del uso del *punctus flexus* y del *punctus elevatus*:  
Minutae sunt guttae quae flumina  
implent minuta sunt grana harenae sed si multa  
harena imponatur premit atque opprimit.  
Manuscrito MS lat. 88, fol. 34, Christ Church, Oxford, reproducido por Parkes, M. B. 1993; 195.

escritura mucho más estrecha. Las *positurae* eran una invención destinada a evitar esa confusión, puesto que eran más claras y no ambiguas en la forma en que distinguían entre diferentes clases de pausas.

Pero quizá el motivo fundamental de la invención era que con las *positurae* se aspiraba no solamente a hacer visible una distinción entre segmentos sino también a procurar una guía para la voz que debía recitar o cantar, especialmente los textos litúrgicos. En las *positurae* venían a unificarse dos grandes tradiciones de la liturgia: la lectura y el canto y, en consecuencia, ellas aspiraban a traducir de manera visual un vínculo claro entre la puntuación y una cierta "notación musical". Por su forma misma, ellas indicaban al lector si su voz debía ascender o descender: así, el *punctus versus* ( ) indicaba el descenso de la voz que anunciaba el final de la oración; el *punctus elevatus* ( ) señalaba la elevación de la voz que debe presentarse para valorizar la cláusula complementaria; mientras el *punctus flexus*( ) señalaba el hecho de que la voz debía elevarse ligeramente para después caer.<sup>26</sup> Incluso el *punctus interrogativus* ( ) indicaba una posición de la voz: su forma estaba emparentada al *quilisma*, un neuma que los teóricos en música medieval consideran "un tono conectivo trémulo y ascendente".<sup>27</sup> Como las fórmulas melódicas caían en los finales de las unidades de sentido, las *prosodiae* pudieron ser usados simultáneamente como signos de puntuación y como guías para la voz.

---

<sup>26</sup> Cfr. Gilles, A.V.1987; "La ponctuation dans les manuscrits liturgiques au moyen age", en Maierú, A.(ed); **Grafia e interpunzione nel latino dell medioevo**. Edizioni dell'Ateneo, Roma.

<sup>27</sup> Bischoff, B.; op.cit.;170.

Desde luego, una cosa es la historia de la notación musical y otra la historia de la puntuación, y desde el siglo X d.c. ambas quedaron definitivamente separadas. Pero es notable que la notación musical haya recibido una influencia proveniente de la puntuación de los textos litúrgicos. Y esto a pesar de que desde la antigüedad estaba claramente establecida la distinción entre el género de lo leído y el género de lo cantado. Así, aunque Quintiliano admitía que existe una cierta modulación de la voz proveniente de la lectura expresiva, consideraba inaceptable la asimilación de la lectura con la recitación o el canto, que le parecían una suerte de sobreactuación del texto. "San Agustín en su **De Anima**, aún mantenía esa separación: mientras las lecturas son *pronuntiata* o *recitata*, los salmos y otras piezas cantadas son *psallere* o *canere*".<sup>28</sup> Pero a pesar de las diferencias reconocidas, en las *positurae* se encuentra el propósito de realizar una amalgama entre la notación de la *prosodiae*, las *distinctiones* y la división de los enunciados que otorgan a la oración, su intensidad y su melodía. En el siglo IX d.c., "para Hildemar, la puntuación del texto no es solamente un medio para distinguir los diferentes miembros de una frase según su sentido, sino también un conjunto de signos mnemotécnicos que permiten al lector ubicar su voz".<sup>29</sup>

Hacia el siglo XII d.c. las convenciones fundamentales de la página legible estaban prácticamente establecidas. En ésta se encontraban ahora claramente señalados los capítulos y los

---

<sup>28</sup> Gilles, A.V.; op.cit.;114.

<sup>29</sup> Ibid.;124.

párrafos, y al interior de éstos la separación entre palabras estaba indicada por un blanco, la separación entre oraciones con una *distinctio*, y estaba indicada también una serie graduada de pausas de sentido y de respiración. La letra minúscula carolina tenía una forma prácticamente absoluta y en el texto eran reconocibles citas, glosas y comentarios. La decoración era un elemento más de ayuda a la lectura, e iniciales decoradas y *litterae notabiliores* permitían al lector una localización en la página y una memorización de ésta que resultaban indispensables en ausencia de índices y paginación. Desde luego, la voz no había abandonado a la página y en las *positurae* podían encontrarse también una guía para la recitación y el canto. Pero con todo, la página legible había adquirido un estatuto propio, convirtiéndose en una entidad con características y dificultades propias. La página legible estaba dejando de ser una imitación más o menos inexacta del discurso hablado para convertirse en portadora autosuficiente del mensaje que se le confiaba. No era una "invención", sino el resultado de las cambiantes relaciones entre el lector, el autor y el escrito, pero con ello se abría el camino para que esas páginas vagaran, mudas e independientes; pudieron entonces ser leídas en silencio y se instaló entre la página y el lector, y entre éste y el escritor, una distancia que aún perdura.

\* \* \*